

# MILITANCIA

Pasé todo el verano en Buenos Aires. Hubiera podido irme, ya lo sé, pero preferí ganar algo de dinero y tomar mis vacaciones más tarde: me imaginé solo, en una playa, bajo los grises cielos de junio.

Aunque, pensándolo bien, no fue por el dinero. Lo necesitaba, por supuesto, pero había algo más: me gustaba caminar hasta el café después de trabajar toda la tarde y tomarme una ginebra con hielo, quizás mirando a las mujeres o leyendo el diario lentamente, casi con la mente en blanco. Había acabado con las consignas, los análisis políticos, las tediosas y circulares interpretaciones de la palabra inmutable de los *clásicos*. Admito que, a mi pesar, vivía un poco como huyendo.

Evitaba los lugares donde pudiera encontrar a mis antiguos camaradas porque no quería verlos, no quería enterarme de esos sigilosos preparativos que nunca comprendía en su totalidad y que me traían presagios sombríos de destrucción y de peligro.

Un día de comienzos de marzo -cuando ya casi era de noche- apareció Néstor. Lo recibí con esa alegría de quien reconoce una cara en la multitud después de un tiempo de soledad excesivo, aunque tal vez necesario. Yo estaba en una mesa cerca de la ventana, mirando el diario, mientras esperaba un segundo café. Su cara, extendida en una sonrisa franca, me reveló sin embargo que trataba de ocultar algo, que lo poseía cierta tensión o desasosiego interior. Néstor pronunció las frases rituales de saludo todavía tratando de comportarse como si el encuentro fuese casual; pidió también un café.

Hablamos un rato animadamente, de cosas que sabíamos que no nos importaban. Pero eso no duró mucho: nos conocíamos demasiado y era inútil que demorara su previsible confesión. Entendí que su soledad era de una calidad diferente a la mía, tal vez más honda, seguramente no deseada.

-Ya no aguanto más -dijo tras un silencio- estoy harto de todo...

Se detuvo, inclinada su cabeza, dirigiendo la vista hacia las tazas. Yo, con la inmodestia de quien piensa que los demás padecen los mismos problemas que uno antes ha sufrido, le dije, creyendo comprenderlo:

-Néstor, es mejor que lo digas de una vez, tal como lo sientes, sin complicarte. Yo no te voy a juzgar.

Pero él calló, sin levantar siquiera los hombros.

-¿Es algo que tiene que ver con la Organización? -insistí.

-Claro, qué otra cosa va a ser... Con nuestro buen camarada Sergio, para ser más precisos; esa combinación de Lenin con Facundo Quiroga... pero que vive de su mujer.

-¿Qué ha hecho ahora?

-No fue ahora, ojalá! Es algo que empezó hace un año o dos, hace bastante tiempo-. Me miró con los ojos muy abiertos, los labios apretados, una expresión desolada. Aproveché para pedir dos ginebras con mucho hielo, como a mí me gustaban. Ya había pasado el momento del café.

-Es que, ¿sabes? da mucha rabia saber que a uno lo han utilizado. Uno se siente un poco tonto, como cuando lo estafan o le roban la cartera. Y Sergio para mí es eso, nada más, un tipo que dice lo que los otros desean oír, que sabe envolverlos con proyectos y mentiras, aunque sean fantasías que nadie en sus cabales podría creer. Me da hasta vergüenza ahora...

Yo nada dije, porque no quería que otra vez se cerrara sobre sí mismo, pero eso no sirvió. Agregó, como si estuviera exasperado con todo:

-Es que no puedes entender si no te cuento los detalles, y los detalles no te los puedo contar. Tú sabes cómo son estas cosas...

Tenía razón. Sobre mi curiosidad se impuso la sensatez: no era bueno saber. Cada vez estaba más lejos de la organización y era mejor que continuase así, alejado de cualquier compromiso. Me prometí estudiar la forma de adelantar un poco mis vacaciones, tal vez para abril, luego de Semana Santa.

Pero Néstor, aún, hizo un esfuerzo para comunicarme de algún modo aquello que lo atormentaba. Construyó un relato abstracto, lleno de ambigüedades, en que se repetían alusiones a imprecisas misiones y una infinidad de *ismos*. Lo escuché con paciencia, alegrándome de haber podido salir de aquel mundo, y al final así se lo dije. El procuró conocer lo que yo pensaba de la organización y de la política nacional, pero no quise seguirlo. La conversación languideció.

Algo después, menos irritado pero todavía deprimido, dijo con convicción:

-Estoy cansado.

Era tarde, ciertamente, y no parecía un buen momento para especular sobre el futuro. Lo acompañe hasta la parada del colectivo.

Ella llegó a la mañana siguiente. Nunca antes había venido a mi casa, pero no me sorprendí al verla.

-Vine temprano, antes de que fueras a trabajar, porque necesitaba hablar contigo -dijo ordenada y tensamente.

-Claro, claro. Pero pasa adelante, ¿te has desayunado ya?

-Es sobre Néstor, ¿sabes? Es importante.

-Sí, está bien, te puedo escuchar. Pero siéntate, tomemos primero algo, no son ni las ocho.

-Es que hay muchos malentendidos, cosas que yo no puedo dejar pasar... que me parecen injustas.

-Por qué tú; digo, tú en particular?

Llevaba una chaqueta de blue-jean y una falda escocesa. Estaba extraña, cómo decirlo... diferente. No porque se la viera rígida, nerviosa: me había acostumbrado a su frente amplia, siempre surcada por alguna móvil línea, al pelo recogido fuertemente hacia atrás, a los ojos sin sosiego. Pero ese día parecía tener una nueva ansiedad: mostraba un preocupado esfuerzo por aparecer relajada, un infructuoso intento por ocultar lo que yo, de todos modos, alcanzaba a observar.

-No sé qué anda diciendo él, pero me preocupa lo que puedas pensar de nosotros. Se dicen muchas falsedades cuando la gente se acobarda y comienza a retirarse.

-Yo estoy casi retirado también, tú lo sabes -tuve que decirle. El día era fresco, luminoso, pero no me sentía completamente bien. Hubiese querido salir de la pequeña cocina, de los incómodos bancos circulares. No hice nada, continué escuchándola.

-El caso tuyo es diferente. Tú manifestaste abiertamente tus discrepancias y definiste un área de colaboración en la que te consideramos de completa confianza. Nunca trataste de hacer una política fraccionalista ni has puesto en peligro la unidad de la organización. Podemos contar contigo para ciertas tareas que pueden llegar a ser muy importantes. Lo de Néstor es distinto... es otra cosa bien distinta.

Me callé. Ahora sentía algo casi amenazante, algo a lo que daban forma los no solicitados elogios.

Ana continuó, sin pausas, con su tono incisivo, casi áspero: dijo que Néstor parecía tratar de perjudicarlos deliberadamente, que dudaba en apoyarlos e inventaba mil excusas precisamente en el momento en que era más necesaria su colaboración, que había comenzado a hablar más de lo conveniente con gente externa a la organización.

-Es un problema, un problema delicado. No sabemos qué puede llegar a hacer. No ha asistido a una reunión que habíamos convocado para discutir específicamente su caso, imagínate. Los compañeros están muy molestos, todos lo estamos, aunque yo pienso que no es éste el momento de aplicar sanciones. Pero tú comprenderás que él no puede desaparecer

así, sin explicarse: conoce demasiados detalles y guarda ciertos objetos, tú sabes... que no tiene derecho a poseer. Es un asunto grave, especialmente en la situación en que vivimos...

-Bueno, Ana -traté de calmarla- tal vez estás viendo el problema demasiado de cerca, dejándote llevar por la impresión del momento; tal vez en unos días todo se aclare de un modo satisfactorio...

-Pero, aunque seas amigo de él )no te parece que hay que tomar alguna medida, hacer algo ahora?

-Mira, yo no pertenezco a la organización, Néstor sí-. Su mirada fue expresiva. -Creo que, de verdad, éste es un asunto entre ustedes, un problema en el que yo no serviría siquiera como mediador. Tú lo dijiste, es mi amigo.

-Pero él, ¿qué te ha dicho a ti?

Furtiva, aunque perceptiblemente, miré mi reloj:

-Que lo engañaron.

-¿Que lo engañamos con qué?!

-Que Sergio lo utilizó, algo así. De hecho, no me dijo nada más; nada concreto.

Era el momento en que ella -la conocía bien- comenzaría a acosarme con sus preguntas, con sus rápidas y agudas palabras, con larguísimos párrafos reiterativos, inapelables, circulares. Entendí que buscaba una tácita convalidación de lo que tenían pensado hacer con Néstor, cualquier cosa que eso fuera.

Pero no, no ocurrió así. Su cara se distendió en una imprevista sonrisa, cálida, desconocida para mí, que casi la hacía bonita. Con voz suave me dijo:

-Ahora sí te acepto un buen café. Pero enseguida me voy porque tienes que trabajar, ¿verdad?

-No te preocupes, lo que tengo que hacer puede esperar un poco.

La atmósfera, en la pequeña cocina, había cambiado por completo, de un modo casi inconcebible. Al ayudarme con las tazas, muy cerca de mí, me miró directamente con sus ojos claros. No se sentó; se quedó bebiendo a mi lado, lentamente.

-Ana, ¿qué es lo que viniste a decirme?

Pensativa, esperó bastante antes de responder:

-No sé... te digo la verdad.

Sonrió otra vez, achicando los ojos. Dejó la taza sobre la mesa, sin ruido. Yo también lo hice.

Me acerqué más, y la besé. Estaba rígida todavía, pero en un instante abrió la boca y se apretó contra mi cuerpo. Debajo de su chaqueta llevaba una blusa azul, lisa, muy ceñida.

Eran ya más de las doce cuando se fue. Encendí un cigarrillo y me senté a pensar. El sol entraba por la angosta ventana, dando a los pocos muebles un brillo que ya no poseían. Debía, ahora sí, irme a trabajar.

Comí lo poco que encontré en la casa. Comenzaba a sentirme inquieto, sobrepasado por los ingobernables hechos. Debía llamar a Néstor, lo comprendí, inmediatamente.

Bajé a la calle, serena en el transparente aire de marzo. A través del teléfono público él entendió mi excitación y mi sorpresa y yo sentí por fin, conscientemente, mi confusión. Quedamos en vernos a las siete, en un lugar en que nunca nos habíamos encontrado.

Pasé el resto de la tarde como ausente, incapaz de ordenar mis ideas; las ecuaciones, esa vez, me resultaban esquivas, y el ingeniero pudo señalarme un error que en otra ocasión me hubiese avergonzado. Por momentos me llegaba la deprimente sensación de haber caído en una trampa, una marea ascendente de culpabilidad, casi de frustración. Pero también me sonreía: no podía evitar pensar que en la conducta de Ana había habido algo más que el cálculo y la manipulación. Porque se había acostado conmigo sin llegar a pedirme cosa alguna, sólo acaso sugiriéndolo, y yo tampoco había prometido nada. Sin poder abandonarse del todo, manteniendo un poco de esa rígida tensión que era como su continua forma de vivir, me había dado sin embargo algo. Algo que yo valoraba. Era un vínculo, sí, con todo lo que de aterrador y magnífico tienen los lazos humanos; pero un vínculo que yo no había querido despreciar esa mañana. En cuanto a Sergio, poco me importaba: demasiadas cosas había sucedido en ese último tiempo; de verdad, ni siquiera estaba seguro de que Ana continuase siendo su mujer.

-Me gustaría saber qué es lo que ellos hablaron, hasta qué punto han previsto todo esto. Porque no entiendo bien: Ana debe saber, tan bien como yo, que una relación entre nosotros no tiene futuro. Hay tantas otras cosas de por medio además...

-Eso es. No se trata de la actitud que ella tenga hacia ti, sabes, o de lo que hoy pasó entre ustedes. Lo que importa es lo otro, lo que vayan a hacer como grupo, lo que se proponen hacia mí. ¿Ella te dejó entrever algo?

-No, para nada, parecía hasta un poco resignada, no sé, distinta...

Néstor bebía de su robusto vaso -dejando de lado su habitual parsimonia- el vino oscuro, áspero, del bodegón anclado en el confín del barrio. Núñez. La noche se había puesto fría,

como queriendo clausurar el verano. Más allá de mi confusión y de mi satisfecha sorpresa, y aún del vino rojo que yo también bebía con cierta exasperación, trataba de ser racional.

En vano. Conversamos de mis proyectos y de sus ansiedades, de las posibles represalias - tal vez intrascendentes- que la organización podría tomar en su contra, del peronismo, los militares y las inciertas elecciones de la primavera; hicimos referencia al *Qué Hacer* y discutimos lo que empezaba a suceder en China, que a él le parecía esperanzador y a mí inquietante.

Serían ya cerca de las diez cuando llegó, como un espectro, un hombre con una guitarra; vestía como un *compadrito* de la época de Gardel y tenía una voz cálida, que los años habían maltratado pero que seguía siendo expresiva.

El alcohol y la música, el aire fresco que de pronto soplaba desde el río, hicieron que hasta Néstor fuese alejándose de su obsesiva preocupación. Salimos a caminar. Cuando ya llegábamos a la avenida él me preguntó:

-¿Es cierto que vas a entrar a la universidad?

-Sí, eso espero... vamos a ver. En todo caso será para después de agosto.

Yo, en cambio, no quise preguntar acerca de sus planes; sólo le dije, cuando ya se acercaba mi colectivo:

-No sé que irá a pasar, Néstor, pero no te preocupes, no creo que puedan hacerte nada. Si necesitas algo, ya sabes...

Me dio la mano, con afecto, asiendo a la vez firmemente mi antebrazo. Desde el colectivo lo vi alejarse, con el cuello de la camisa subido, despacio, bajo la luz de la avenida ya desierta.

***Carlos Sabino***

Caracas, 1990